



Reflexiones a 25 años de la caída del Muro de Berlín



Por Luciano Alonso

Quizás podría decir que la “caída del Muro” fue un acontecimiento que marcó mi juventud, mi militancia política o mi concepción de la historia. O al menos recordar vívidamente algunas imágenes televisivas, el momento de lectura de un diario o acaloradas discusiones.

Pero no, nada de eso. La apertura de las fronteras entre la República Democrática Alemana y la República Federal Alemana y el colapso de la primera no fueron (no son) elementos tan importantes en mi historia personal.

Para entonces yo participaba de un grupo segregado del Partido Intransigente y derivado a la colaboración con la alianza Izquierda Unida en las elecciones de 1989. La frustración más grande de aquellos años en el plano político no era para mí la situación de los países de “socialismo real” o “sistema soviético”, sino la imposibilidad de construir con el PI una herramienta política socialista y latinoamericanista. Ver al “Bisonte” Oscar Alende apoyar la fórmula Carlos Menem - Eduardo Duhalde, me fue personalmente mucho más impactante.

Las urgencias de la militancia eran la derechización del arco político, el proceso hiperinflacionario y la confrontación con las fuerzas neoliberales que se vería reflejada en las manifestaciones conocidas como “Plaza del Sí” y “Plaza del No” en 1990. En el plano internacional, el principal objeto de mi desánimo era la progresiva decadencia del gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, acosado por la “guerra de baja intensidad” desatada por los EEUU y poco después vencido en las urnas por una candidata liberal.

Desde tiempo atrás muchos de nosotros habíamos hecho la crítica del socialismo real y no teníamos

ilusiones sobre ese sistema, que considerábamos tan opresivo como el capitalismo occidental. Autores como E. P. Thompson, que leíamos gracias a las traducciones de editorial Crítica, planteaban que la Guerra Fría era en sí un sistema que les permitía a ambos bandos reprimir a sus respectivas disidencias con la excusa del conflicto exterior. Nuestra solidaridad no estaba con los gobiernos comunistas, sino con las izquierdas disidentes de esos países. Compartíamos con los compañeros trotskistas la nostalgia por una Revolución de Octubre que no llevó a lo que prometía y que no veíamos representada en ese bloque que implosionaba.

Sólo progresivamente adquirí conciencia de que la caída del Muro de Berlín había sido un acontecimiento espectacular en un sentido profundo. Fue la más grande manifestación del Espectáculo como modo de dominación tecno-estético, ofreciéndoles a los televidentes consumir imágenes de restauración política desde el sillón de su casa y construyendo un discurso de inmovilismo social. A partir de ahí, a todos los que proponíamos un cambio social emancipatorio nos iban a restregar en la cara la “caída del Muro” como supuesta evidencia de las bondades del capitalismo y de la imposibilidad de vías alternativas. Nos iban a costar muchos años siquiera discutir un neoliberalismo depredador del que aún no hemos salido.

Hoy, las concepciones no teleológicas de la historia nos permiten no sólo desconfiar de que su marcha lleve a una sociedad mejor o al menos a la modernización capitalista, sino también separar la memoria del Octubre ruso de los resultados sociales y políticos del estalinismo. Quizás la gran virtud que reconozco en esos días de 1989 es la de obligarnos (y permitírnos) pensar de nuevo el comunismo, a partir de la identificación de lo que no debió ser.